

pone los medios para alcanzar los fines que se buscan; y si se dilatan más allá de su esfera, es contando con otros elementos, otras fuerzas y otras combinaciones fuera de su alcance. Su voluntad parece que se destempla, y busca la solución de los arduos problemas de una situación por él creada, por medios y modos que contrarían la corriente de los acontecimientos, que ya no domina. Al ir á tocar el término de su gran jornada, hace un alto, y su cuerpo enfermo, que encierra un espíritu más inquieto que activo, se enerva en la inacción y comunica á la masa á que debe dar impulso, la fuerza de inercia, que resiste, pero no obra. Por eso decíamos, que su gloria había llegado á la culminación de los astros que declinan.

Al mismo tiempo que San Martín se elevaba al apogeo del poder, moría maldiciéndolo en Mendoza, la cuna de su gloria, su antiguo enemigo José Miguel Carrera (4 de setiembre de 1821), ejecutado como un bandolero en el mismo patíbulo de sus desgraciados hermanos!

## CAPÍTULO XXXIII

## EL PROTECTORADO DEL PERÚ

AÑOS 1821-1822

Carácter del protectorado del Perú. — Enervación de las fuerzas libertadoras — Situación política y militar. — Los realistas de la sierra reabren las hostilidades. — Canterac con 4.000 hombres invade el valle del Rimac. — Alarma y entusiasmo en Lima. — San Martín con su ejército se pone en campaña cubriendo á Lima. — Hábiles maniobras tácticas de los dos ejércitos beligerantes. — Prudencia de San Martín. — Retirada de Canterac. — Rendición del Callao. — Examen de la conducta militar de San Martín en esta ocasión. — Duplo papel del Protector. — La obra reformadora de San Martín. — Nuevo estatuto provisional. — Creaciones aristocráticas. — La Orden del Sol. — Planes monarquistas. — Cuentas del Protector. — El rey José. — Bases del protectorado. — Constitución americana del ejército argentino-chileno. — Conato de coniuración militar contra San Martín. — Plan monarquista de San Martín. — La *Sociedad Patriótica* de Lima. — Misión secreta de García del Río y Paroissien para buscar un rey en Europa. — Estado de la opinión en Chile contra San Martín. — Rechazo de la política monárquica de San Martín por O'Higgins. — García del Río aconseja á San Martín resignar el mando político y convocar un congreso. — Caducidad del protectorado. — Luces convergentes que explican un misterio histórico.

## I

El protectorado de San Martín hace época en los anales del Perú. Declaró su independencia, fundó su primer gobierno nacional y bosquejó su constitución política. Pero la independencia era todavía una cuestión á resolver por las armas; el país no estaba preparado para el ejercicio de su propio gobierno; sus fuerzas no habían concurrido hasta entonces



de una manera eficiente á este doble resultado, y su organización definitiva, en medio de las tendencias monarquistas del poder que lo regía y los instintos democráticos del pueblo, era un problema oscuro, complicado con los elementos que mantenían esta situación incierta. El Perú, como antes de la expedición de San Martín, se encontraba en las condiciones de no poder libertarse por sí solo, por las causas ya señaladas, ni tampoco de reasumir su propio gobierno, y necesitaba por lo tanto del auxilio extraño para independizarse y organizarse como nación, según los hechos lo demostrarán. Así, el poder del Protector era un hecho que dependía del concurso del país libertado y del apoyo de los dos ejércitos con que se había lanzado á su atrevida empresa, que hasta entonces sólo le daba el dominio disputado de la mitad del territorio, con la espina del Callao clavada en un pie del triunfador, como antes lo había sido Talcahuano en Chile. Algunas fuerzas morales y materiales del país se habían asimilado al protectorado, y las fuerzas militares que lo sostenían mostrábanse al parecer compactas; pero unas y otras empezaban á ser trabajadas por un espíritu de resistencia nacional latente y por un fermento de indisciplina sorda, que era la consecuencia de la desobediencia de San Martín para con su patria, del origen de su mando que tenía por título el acta revolucionaria de Rancagua y de su independencia del gobierno de Chile, que lo constituía en entidad aislada, dependiente del concurso de voluntades difíciles de amalgamar, y sobre todo, del concurso eficiente del país mismo, cuyos elementos orgánicos aun no habían tomado la suficiente consistencia.

San Martín, al declararse Protector del Perú, abdicaba en cierto modo su gran papel de libertador americano, en el hecho de nacionalizarse como gobernante peruano, y se enajenaba la voluntad y el concurso directo de los pueblos y gobiernos cuyas armas mandaba, á la par que no satisfacía

del todo las aspiraciones del pueblo libertado, y más bien las contrariaba con sus planes de tendencias monárquicas. Su punto de apoyo sólido era el ejército de los Andes y el de Chile, pues la organización del ejército peruano, era todavía un embrión que apenas podía contarse como elemento auxiliar. Lo único que daba cierta cohesión política á estos elementos de fuerza, que tenían que hacer frente al enemigo dueño de la mitad del territorio, era la institución secreta de la logia Lautaro, compuesta de los jefes de los mismos ejércitos y de algunos peruanos nuevamente afiliados, de la que San Martín dependía con arreglo á su ley disciplinaria. No era ya el libertador, aquel general de los Andes, que reconquistaba á Chile, y asumía el papel de auxiliar y director de la guerra; ni el generalísimo de dos repúblicas, que aliadas libertaban el Perú; ni tampoco el gobernante nacional con fuerzas propias del país libertado. No obstante que la reasunción del mando supremo en su persona fuese una necesidad y una conveniencia, y que en tal acto no interviniese ni la ambición personal ni el desconocimiento absoluto de los derechos de los naturales, el Protector, al asumir esta actitud anormal, se presentaba al parecer ante el Perú como una imposición de fuerzas extrañas; ante éstas, como un general aventurero y un compañero de fortuna de sus comilitones, y ante las naciones á que pertenecían, como un desertor ó un súbdito emancipado. Era una de esas situaciones en la historia que no tienen sino tres salidas: ó el triunfo sobre el enemigo, que todo lo resolvía, ó la identificación con el país libertado por medio de la creación de nuevos elementos nacionales, ó la conservación en el mando por medio de la violencia, quedando una cuarta salida, que era la abdicación del poder ó por la fuerza de las cosas ó por voluntad deliberada. Tales eran los complicados problemas que entrañaba el protectorado en medio de su aparente grandeza y su real debilidad orgánica.



Lo más grave de esta situación era, que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos concentrados en Lima sin más objetivo que el Callao, por efecto del abandono de la campaña de la sierra y de la expedición de puertos intermedios, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización lo consumían. Lima se había convertido en la Capua de los libertadores, y el Anibal de los Andes languidecía como el vencedor de Canes, bien que como se ha dicho no fuese el placer sino sus dolencias físicas lo que embotaba sus fuerzas. Todo parecía entregado á la acción lenta del tiempo, en el doble sentido de la acción eficiente y de la descomposición recíproca de los elementos que debían concurrir á ella. Mientras tanto, los jefes murmuraban y conspiraban, y Cochrane al frente de la escuadra de Chile se resistía á ser absorbido por la atracción que peruanizaba los elementos militares de la expedición libertadora.

En esta situación, los realistas reabrieron las hostilidades, tomando decididamente la ofensiva sobre Lima.

## II

Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la sierra con un tesón que hace grande honor á los jefes que los dirigían. Dueños de un país militarmente fuerte por la naturaleza del terreno, salubre y abundante en recursos; con una opinión á su favor, á que daban tono los escarmientos de que había sido teatro y la retirada de las armas independientes así de la sierra como de la costa del sud, el general La Serna estaba en actitud

de volver á tomar la ofensiva á los cincuenta días de haber evacuado casi deshecho la capital del Perú. La idea de volver á Lima, no era popular en el ejército realista: el recuerdo de las pestes de la costa, de las miserias sufridas allí y del terrible paso de la cordillera en pleno invierno, lo amedrentaba, además de que la operación se consideraba muy arriesgada (1). Pero la plaza del Callao, con una guarnición numerosa — 2,000 hombres, — que interesaba salvar, y escasa de víveres, tendría necesariamente que rendirse por hambre si era abandonada, y el virrey había prometido socorrerla. Por otra parte, existía allí un gran depósito de armamento, de que carecían las tropas del rey, bloqueadas como estaban en medio del continente. Si la expedición lograba penetrar á la plaza sin combatir, podría extraerse la guarnición y el armamento, é inutilizar las fortificaciones en último caso; y si la ocasión se presentaba propicia, era factible decidir la cuestión en una batalla con probabilidades de buen éxito, aun cuando se arriesgase algo. Estas consideraciones prevalecieron y la expedición quedó decidida (2).

El general Canterac, llevando por jefe de estado mayor al coronel Valdez, fué encargado de ejecutar la difícil operación, con una columna selecta del ejército de las mejores y más probadas tropas realistas, compuesta de 2,500 infantes, 900 jinetes y 9 piezas de artillería. El virrey, con el resto de su ejército, debía permanecer en Jauja. El 25 de agosto (1821) movióse Canterac y atravesó en masa los Andes de oriente á occidente, descendiendo por la quebrada de San Mateo con dirección á Lima, sin encontrar en su tránsito un solo enemigo. En Santiago de Tuna, á 83 kilómetros de la

(1) Camba : « Memorias », t. I, pág. 413.

(2) Camba : « Memorias », etc. t. I, pág. 414. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 175-176.



capital, dividió su fuerza en dos columnas, dándoles por punto de reunión la Cienaguilla sobre el río Lurín, como á 30 kilómetros al sud de Lima. La columna de la izquierda á órdenes de Loriga, con el grueso de la caballería, tomó la quebrada contigua del Espíritu Santo, que conduce al valle de Lurín, y en su tránsito batió un destacamento patriota, tomándole 26 prisioneros y haciéndole como 50 muertos. La columna principal continuó su marcha durante el día hasta el promedio de la quebrada de San Mateo, con el objeto de persuadir al enemigo que era su ruta para descender al valle del Rimac; pero en la noche se inclinó sobre su izquierda en busca de la del Espíritu Santo, que conduce á la Cienaguilla. Con ciega temeridad se lanzó á rumbo, sin conocimiento del terreno, por un camino hasta entonces nunca transitado, en que se despeñaban los jinetes con sus caballos y la infantería rodaba por sus ásperas pendientes hasta el fondo de los precipicios. La impopularidad de los españoles era tal, que según confesión de uno de sus historiadores, no pudieron encontrar un solo guía en todo el país. Al amanecer el día 4 encontré la columna en medio de las áridas fragosidades de la montaña, sin senda practicable, en un terreno arenoso, sin agua y bajo el sol abrasador de los 12° de la equinoccial. La sed empezó á acosar á hombres y bestias. Para mitigarla, algunos mascaban balas de plomo ó la corteza de los arbustos que por acaso encontraban, y otros bebieron hasta sus propios orines. Llegó un momento en que la voz de mando de sus jefes fué desoída. Los soldados, exánimes unos, estropeados otros, se tendían en el suelo, prefiriendo la muerte á dar un paso más. Al aproximarse al río de Lurín, cuando apenas faltaban dos kilómetros para llegar á él, se ofreció un grado á nombre del rey al primero que encontrase agua, y no hubo uno solo que se moviese. Dos compañías habrían bastado en aquel momento para rendir toda la infantería expedicionaria. Canterac, que llevaba la cabeza de aquella dispersión produ-

cida por su imprudencia, fué el primero que descubrió el agua, después de una desesperada marcha de 50 kilómetros. Esta nueva reanimó los espíritus, y se estableció un servicio de cantimploras llenas de agua, que alcanzaban á los más postrados, llegando una de ellas á Valdez, que cubría la retaguardia de la columna, en momentos en que iba á perecer de sed. El 5 estaban las dos columnas reunidas en la Cienaguilla, con algunas pérdidas de desertores, muertos ó estropeados. Los soldados españoles en su enérgico lenguaje, bautizaron por antítesis á la quebrada del Espíritu Santo, con el nombre de la « Bajada de arrastra-culos » (3).

## III

San Martín al recibir la noticia de la invasión, en la noche del 4 de setiembre, hallábase en el teatro, y la anunció desde su palco á los espectadores, llamando al pueblo á las armas, y pidióle orden y unión para triunfar en los momentos en que iba á decidirse de la suerte del Perú. En medio de un gran entusiasmo, entonóse la nueva canción patriótica decretada por el Protector, por los jefes del ejército que se hallaban presentes, haciendo el pueblo coro, y todos prorrumpieron en vivas estruendosos. Mal preparado San Martín para la ofensiva, y apenas para la defensiva aun contra fuerzas inferiores en número, pero de mejor calidad que las suyas, expidió al día siguiente una proclama sin bríos, que indicaba una

(3) Para relatar esta parte, nos hemos guiado por los documentos é historiadores españoles: 1.º Parte de Canterac de 30 de setiembre de 1821 inserto en el « Boletín del Ejército Nacional (español) de Lima », núm. 15. — Camba: « Memorias », t. I, cap. XVIII. — Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, cap. VIII.